

EL CAPITAL DE MONOPOLIO: UN SISTEMA IRRACIONAL*

MANUEL MALDONADO-DENIS**

CUANDO Max Weber se trazó a sí mismo la titánica tarea de definir las características esenciales de la cultura occidental concluyó —luego de exhaustivos estudios que le condujeron desde la religión de la antigua China hasta el surgimiento de la ética protestante— que ésta podía definirse por un rasgo medular: la racionalidad.¹ Después de Weber el concepto de racionalidad dentro de la sociedad industrial moderna ha sido analizado por Karl Mannheim, C. Wright Mills, Talcott Parsons, Robert K. Merton, Herbert Marcuse —para mencionar sólo unos pocos que vienen a mi mente. La mayoría de los estudios hechos sobre este tema concuerdan indiscutiblemente en que la sociedad industrial moderna requiere un alto grado de racionalización de los procesos productivos y que demanda, por lo tanto, que todos los recursos utilizados en el proceso sean empleados de la manera más eficaz y económica posible. Ello implica forzosamente el uso racional es decir, calculado, planeado, de los recursos disponibles, a través de la reducción de los costos, del derroche y el gasto suntuario; en suma, que se requiere la utilización óptima de todos los recursos que entran en el proceso de producción. Marx, de otra parte, nos habló de la racionalización de la producción dentro de cada firma como característica esencial del capitalismo en su apogeo, aunque no dejó de señalarnos la falta de racionalidad que envuelve la anarquía en la producción imperante en un sistema donde gobiernan las fuerzas ciegas del mercado mundial.

En este libro Baran y Sweezy, siguiendo los criterios de Marx —aunque con ciertas modificaciones del esquema marxista original—

* Paul Baran y Paul Sweezy, *Monopoly Capital* (New York Monthly Review Press, 1966).

** Catedrático Asociado de Ciencia Política y Director de la *Revista de Ciencias Sociales* de la Universidad de Puerto Rico.

¹ Véase sobre el particular el libro de Reinhard Bendix *Max Weber: An Intellectual Portrait*, donde se elabora sobre el particular.

arguyen convincentemente que el desarrollo del capitalismo, desde sus orígenes hasta que se convierte en un capitalismo de monopolio, es un desarrollo que conduce indefectiblemente a la creación de un sistema irracional donde la mayor parte del excedente producido por la sociedad (entendiéndose por "excedente" la diferencia entre los costos de producción y lo que realmente se produce) es absorbido en actividades que deshumanizan al hombre, que le enajenan y despojan a su vida de todo contenido y sentido, coexistiendo dentro del sistema la absurda situación de que una productividad sin precedentes marcha de la mano con la mayor destructividad, la opulencia con la pobreza, el adelanto tecnológico con el atraso tecnológico; en fin, que las más flagrantes contradicciones aquejan a este sistema cuya característica esencial es que "hoy el verdadero capitalista no es el hombre de negocios individual sino la corporación". Y no se trata de una mera corporación, sino de la corporación gigante que opera bajo condiciones de monopolio u oligopolio la que caracteriza al capitalismo en su etapa actual. No obstante, "en su conjunto, el capitalismo de monopolio es tan falto de planificación como su predecesor. Las grandes corporaciones se relacionan entre sí, con los consumidores, con los trabajadores y con los negocios más pequeños, primordialmente a través del mercado". Por ende —arguyen los autores— el sistema capitalista imperante en el país capitalista más avanzado del mundo puede servirnos como modelo de cómo funcionan la economía y la sociedad de este país si nos depojamos de conceptos que eran aplicables a un tipo de capitalismo ya superado históricamente y captamos la verdadera esencia del cambio cualitativo que se ha operado, viéndolo en toda su magnitud y profundidad. En términos generales el sistema actual es tan irracional, o tal vez más, que el sistema anterior tan acertadamente analizado por Marx, pero es menester utilizar "el arma de la crítica" como instrumento para mostrarlo tal cual es, en toda su desnudez, despojado del nimbo mistificador con que acostumbran cubrirlo los ideólogos del capitalismo. Para lograr dicho fin los autores utilizan el concepto antes mencionado del "excedente" como eje central de su análisis.

Los autores de *Monopoly Capital* consideran que, bajo las condiciones imperantes en el capitalismo de monopolio, no es correcta la tesis de Marx acerca de la "tendencia declinante en la tasa de ganancias". Baran y Sweezy arguyen en favor de la tesis de que el excedente —tal y como quedó definido anteriormente— tiene una tendencia a aumentar bajo el capital de monopolio. Pero la tendencia general del sistema capitalista bajo estas condiciones es la del estancamiento, toda vez que "el excedente que no se consume tiene el mismo afecto que

si no se produjese". Esta tendencia hacia el estancamiento del sistema, desde luego, es lo que ha traído como consecuencia las grandes crisis del capitalismo (verbigracia la Gran Depresión de 1929). De ahí que la clase dirigente —la oligarquía— se vea obligada a producir una serie de bienes y servicios que sirvan a manera de fuerza contrarrestadora a la tendencia hacia el estancamiento del sistema.

Es aquí, precisamente, donde podemos notar el uso irracional y absurdo del excedente en actividades cuya utilidad social es en extremo limitada, pero cuya capacidad para sustentar el sistema capitalista ha quedado demostrada —al menos hasta el día de hoy. Con agudeza y perspicacia los autores apuntan hacia los factores —tales como las "innovaciones que hacen época" (éstos señalan tres: la máquina a vapor, el ferrocarril y el automóvil, que han sido capaces de absorber gran parte del excedente en determinados momentos históricos); la inversión exterior directa; y los gastos del sector público —que han servido como muro de contención para los monopolistas ante la inminencia del estancamiento. Pero estos factores no son suficientes. Es menester añadir a ellos —no como una anomalía dentro del sistema sino como algo que es de su esencia misma— el imperialismo y la guerra como medios de apuntalarlo. La lucidez con que los autores examinan el militarismo como algo ínsito al capitalismo de monopolio es sin duda uno de los grandes atractivos de este libro. Asimismo, Baran y Sweezy discuten lo que ellos llaman "el esfuerzo de ventas", es decir, todo el andamiaje de la publicidad dirigido a generar la demanda de los consumidores por productos superfluos como un rasgo consustancial al sistema de capitalismo de monopolio.

Todas estas formas de absorber el excedente han contribuido —y así lo demuestran convincentemente los autores de *Monopoly Capital*— a mantener el sistema capitalista de los Estados Unidos como un sistema oligárquico en su contenido y democrático en su forma. Así esta oligarquía corporativa mantiene en sus manos la sustancia del poder económico y político mientras da a la mayoría de la población *la ilusión* del ejercicio del poder. Es cierto que probablemente la mayoría de la población norteamericana se sorprendería ante semejante aseveración. Pero ello es natural puesto que, "la clase dirigente bajo el capitalismo de monopolio ha tenido éxito, al igual que clases dirigentes anteriores, en inculcar en la mente de los gobernados la creencia de que la riqueza y los privilegios de los pocos se basa en la inherente y natural superioridad de éstos". Quienquiera haya vivido en los Estados Unidos sabe cuan acertada es esta observación.

Así, pues, el capitalismo de monopolio nos confronta con una estructura económica y social que en sus lineamientos generales es

cuantitativamente distinta a la que Marx analizó tan agudamente. Este criterio sólo es aplicable, desde luego, a un sistema capitalista que ha alcanzado el grado de desarrollo de las fuerzas productivas que ha alcanzado el norteamericano. Interpretando el marxismo como un instrumento dinámico de análisis social que pretende captar el sistema en su totalidad (como epígrafe del libro los autores citan a Hegel: "la verdad es el todo") Baran y Sweezy se apartan de la ortodoxia marxista de una parte —con su tendencia hacia el dogmatismo— y de la ciencia social que está tan preocupada con la búsqueda de pequeñas "verdades" que pierde de vista el conjunto dentro del cual cobran sentido esas "verdades". (No resulta tan convincente, sin embargo, el hecho de que los autores hayan descartado la teoría de la plusvalía y el análisis del proceso de trabajo —pedras angulares ambas de la teoría marxista, ni que hayan eliminado a la clase obrera —para todo propósito práctico—, como agente de cambio revolucionario en una sociedad como la descrita. No obstante, el análisis exhaustivo y concienzudo de los temas tratados y la luz que se vierte sobre la sociedad capitalista más avanzada de nuestra época contribuye en cierto modo a subsanar los defectos recién mencionados).

Al analizar los autores a actividades tales como el negocio de los seguros, los bienes raíces y las finanzas, nos dicen que "el volumen prodigioso de los recursos absorbidos en todas estas actividades, de hecho constituyen costos necesarios de la producción capitalista. Lo que debe quedar claro como el cristal es que un sistema económico en donde tales costos son socialmente necesarios hace tiempo que ha dejado de ser socialmente necesario". Aquí radica la esencia de la cuestión. Porque la mayoría de las actividades económicas a que hemos apuntado anteriormente y que caracterizan al capitalismo de monopolio, precisamente por el hecho de ser "socialmente necesarias" en éste nos mueven a meditar sobre lo "socialmente innecesario" que es un sistema donde se hace un uso tan irracional de los recursos de una sociedad. Y el sistema es irracional —arguyen Baran y Sweezy— no por un mero accidente, ni por el carácter olvidadizo de sus gobernantes, sino porque éste es incapaz de resolver dentro de su propio seno las contradicciones que le aquejan sin convertirse en un sistema cualitativamente distinto al existente. Como nos dicen ellos tomando como ejemplo la carrera armamentista que caracteriza al sistema: "La mayor perfección en la manufactura de armas de destrucción no hace su producción racional. La irracionalidad del fin niega todas las mejoras a los medios. La racionalidad misma se torna irracional. Hemos llegado a un punto donde la única verdadera ra-

cionalidad radica en la acción para derrocar lo que se ha convertido en un sistema desesperanzadoramente irracional”.

Pero ese derrocamiento —manifiestan con tono de desesperanza Baran y Sweezy— no habrá de realizarlo el proletariado privilegiado que ya se ha convertido en socio del sistema que ellos describen. Ello es cierto muy particularmente debido a que “los obreros industriales son una minoría decreciente de la clase obrera norteamericana, y sus núcleos organizados en las industrias básicas se han integrado en gran medida al sistema como consumidores y como miembros condicionados ideológicamente de la sociedad”. Las “víctimas especiales” del sistema deben hallarse —creen los autores— en los “extranjeros”, los “declassés” desorganizados del sistema. Pero estos grupos “a pesar de su impresionante número, son demasiado heterogéneos, demasiado dispersos y fragmentados como para constituir una fuerza coherente en la sociedad”. De ahí que “si nos atenemos a la dinámica interna del capitalismo de monopolio avanzado, sea difícil evadir la conclusión de que la acción revolucionaria eficaz para derrocar el sistema es muy tenue”. (En este aspecto me parece que los autores pasan por alto las perspectivas revolucionarias del movimiento del poder negro, la creciente radicalización del movimiento estudiantil, y la oposición cada vez más militante a la guerra de Vietnam. Pero hay que recordar que una gran parte del libro fue escrito en 1964 y que estos movimientos no habían tomado el carácter que han tomado en 1967. Lo que sí nos parece una falla inexcusable es la forma como los autores descartan por completo al proletariado industrial norteamericano como fuerza revolucionaria. Sólo mediante una alianza de los sectores más progresistas del movimiento obrero con las “víctimas especiales” del sistema podrían crearse las condiciones para una revolución en los Estados Unidos. Pero esta posibilidad queda ya descartada de antemano por Baran y Sweezy, rara falla cuando de un análisis Marxista se trata).

No obstante lo dicho, Baran y Sweezy no pierden de vista el carácter internacional del sistema por ellos analizados. “Ya no es mera retórica el hablar de la revolución mundial” —nos dicen— “el término describe lo que es ya una realidad y no hay duda de que habrá de convertirse, en un grado cada vez mayor, en la característica dominante de la época histórica que vivimos”. Y continúan:

Mientras la revolución mundial se esparce y mientras los países socialistas muestran por su ejemplo que es posible usar el dominio del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza para construir una sociedad racional que satisfaga las necesidades humanas de seres humanos, más y

más norteamericanos habrán de cuestionar la necesidad de lo que hoy dan por sentado. Y una vez que eso suceda en escala masiva, los soportes más poderosos del actual sistema irracional se desmoronarán y el problema de crear de nuevo se impondrá como una pura necesidad. Esto no sucederá en cinco o diez años y quizás ni siquiera durante el presente siglo, pero pocos dramas históricos corren su curso en tan corto tiempo. Pero tal vez aún menos de estos, una vez que han comenzado, cambien su naturaleza o reviertan su dirección hasta que todas sus potencialidades han sido reveladas. El drama de nuestro tiempo es la revolución; esta no llegará a su fin hasta que halla abarcado el mundo entero.

Hoy el "epicentro" de esa revolución mundial que vaticinan los autores no parecen ser Europa o los Estados Unidos de América sino ese vasto mundo compuesto por los países que algunos llaman subdesarrollados. Es en Asia, Africa y América Latina donde las condiciones revolucionarias se captan de manera más patente y donde el esfuerzo contrarrevolucionario del sistema capitalista mundial se manifiesta en toda su extensión. Baran y Sweezy, conscientes de este hecho, plantean someramente la transición —en el Tercer Mundo que es ya el epicentro de la revolución mundial—, de "el arma de la crítica" a "la crítica de las armas". No es, pues, como resultas de una pasajera admiración por un personaje histórico contemporáneo que este libro haya sido dedicado a "Che". ¿Sería necesario explicar porqué?

San Juan de Puerto Rico
Septiembre de 1967